

Cuentos de los hombres del monte.

Julio Loras

3. El naranjero del teniente

Este cuento es eso, un cuento. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia. O así debiera ser.

1947, año en que el general Pizarro fue nombrado gobernador y jefe del Movimiento de Teruel y de la V Región de la Guardia Civil, fue el principio del fin de los maquis. Este general empleó y perfeccionó tácticas que había ensayado con éxito en León y en Granada. Empezó cercos masivos a las bases de la guerrilla antifranquista, despobló los montes *evacuando* a las familias masoveras, quemó cosechas y montes para impedir que se ocultaran los maquis; hizo detener, torturar y aplicar la ley de fugas a los sospechosos de colaborar con la guerrilla... Una de sus tácticas favoritas, de la que estaba muy orgulloso, se basó en la creación de las *contrapartidas*. Éstas eran unidades de guardias civiles vestidos como los campesinos del país que iban por los montes en busca de información y de sorprender a los verdaderos maquis.

En nuestros pueblos, la gente que vivió esos años dice que las contrapartidas, que se presentaban en las masadas como si fuesen maquis, servían para que la *Benemérita* identificase a los colaboradores de la guerrilla. El argumento es que si una contrapartida se presentaba en una masada, en la que solían comer muy bien a costa de los masoveros, sin pagar nada, y de la que se solían llevar lo que querían, al marcharse la contrapartida, a los masoveros se les presentaba un difícil dilema: si no iban inmediatamente al cuartel a denunciar, se arriesgaban a represalias durísimas como colaboradores y si denunciaban, se arriesgaban a la represalia de los maquis. Otros, menos, creen que las contrapartidas eran la manera de poder sorprender a los maquis, al no ir uniformadas.

Sea como fuere, la verdad es que las contrapartidas se enfrentaron a los maquis en muy contadas ocasiones y que hacían verdaderas extorsiones en las masadas, con lo que, unido a la escasez de dinero a que llegaron los maquis, la gente, que no sabía bien a quienes se enfrentaba, si a maquis o a guardias, llegó a aborrecer activamente a los guerrilleros, lo que cuadraba muy bien con la estrategia del general Pizarro de *quitar el agua al pez*.

Paco de Motorrita y Balbina la *Roya* eran una pareja que rondaría los treinta y cinco años y que estaban de masoveros, en septiembre de 1947, en el Puntal. Los dos eran derechistas furibundos, siendo él el jefe del Somatén, al que tanto su entusiasmo patriótico como la insistencia de ella le habían inducido a apuntarse.

Paco era un hombre decidido, tozudo y tajante en sus opiniones. Durante la guerra, había sido llamado a filas con su quinta por el Ejército republicano. Nada más llegar al frente, él y otros dos mozos del pueblo que iban con él, a la primera ocasión que se les presentó, intentaron pasarse a los *nacionales*, consiguiéndolo él y otro llamado Ernesto Bernal, mientras que el tercero tuvo la mala suerte de equivocarse y volver a la parte republicana, siendo fusilado inmediatamente. Ya en el Ejército de Franco, Paco, que a pesar de su fanatismo era inteligente, además de arrojado en el combate, acabó la guerra con el grado de alférez. Vuelto de la guerra, se casó con su novia Balbina, que era aún más exaltada que él y que le azuzaba para que se destacara entre la gente del Régimen.

Balbina la *Roya*, así llamada porque era pelirroja, era una mujer alta, fuerte y, como tendremos ocasión de ver, literalmente de armas tomar. De hecho, aunque, fuera de casa, Paco era una autoridad temida, en la masada, quien, como se dice vulgarmente, llevaba los pantalones era la

Roya. Más de una vez, el de Motorrita había tenido que dormir al raso por haberse atrevido a insinuar una opinión contraria a la de ella. La *Roya*, cuando Paco iba a alguna junta del Somatén, emitía, sin admitir discusión, su opinión sobre lo que se había de tratar en ella, de cuyo orden del día exigía a Paco que la informara.

Una tarde de septiembre de 1947 que Paco había bajado al pueblo porque había junta del Somatén, a eso de las cinco, la *Roya*, que estaba haciendo algo en la falsa de la masada, oyó voces de hombre que venían por la parte de la Rocha. Se asomó al *ventanico* y vio a seis o siete hombres armados que se acercaban a la casa. Rápidamente, bajó a la cocina, abrió la alacena y cogió de ella una caja de la que sacó la Astra de su marido y su correspondiente cargador, que introdujo en la empuñadura. Subió a la falsa, quitó el seguro del arma, la amartilló y, desde el *ventanico*, empezó a disparar a los hombres que se acercaban. Éstos se tiraron al suelo y se resguardaron como pudieron. Balbina siguió tirando sin parar hasta que los hombres salieron por piernas. Esperó un poco sin dejar de apuntar la pistola hacia donde habían estado los hombres y finalmente, pistola en mano, bajó y se acercó a donde éstos habían estado, porque le había parecido que uno quedaba caído en el suelo.

Al llegar donde habían estado los hombres, vio que, efectivamente, había uno muerto con un *naranjero* al lado y con un tiro en la frente. Sin impresionarse en lo más mínimo, completamente serena, fue a buscar al *criadico* de la masada y le mandó que cogiera un macho y se fuese al pueblo a avisar a la *Benemérita*.

El *criadico* llegó al cuartel y contó al puerta lo que le había mandado su ama. El puerta le hizo pasar a hablar con el Cabo de Palos. A este cabo le había sacado el mote un mozo que había sido muy aplicado en la escuela, especialmente en Geografía, y que era bastante ocurrente, porque el cabo era aún más sádico que sus *números*, que no lo eran poco, y daba a los *desafectos* unos *palos* que los *doblaba*.

En cuanto el chico le acabó de dar la explicación, el Cabo de Palos, con dos guardias, fue a buscar al juez del pueblo, para ir a levantar el cadáver. Llegados los cinco al Puntal, las autoridades se fueron con la *Roya* a ver el muerto. La *Roya*, como si no hubiera pasado nada, contó que había visto a seis o siete maquis viniendo hacia la casa y que los había tiroteado porque era *mu mujer* y odiaba a esos *forajidos*, que se merecían el infierno por el mal que querían hacer a España y a sus gentes de bien. Que el muerto bien muerto estaba y que sólo sentía no haber podido matarlos a todos.

Cuando llegaron los cinco donde estaba el cadáver, uno de los guardias palideció. El Cabo de Palos, que se dio cuenta, le dijo:

-Vamos, Rafael. ¡Será la primera vez que ves un hombre muerto!

-No es eso, cabo. Es que me parece que yo conozco a este hombre.

-No es posible –dijo el cabo-. ¡De qué lo vas a conocer!

-Que sí, cabo, que lo conozco.

-Está bien, Rafael. ¿Y de qué lo conoces?

-Pues, cabo, si yo no he *perdío* el *sentío*, este hombre era mi teniente cuando yo estuve destinado en el cuartel de Mora. Lo que no entiendo es qué hacía con los *bandoleros*.

El Cabo de Palos, el otro guardia, la *Roya* y el tío Miguel Lahoz, el juez, se quedaron estupefactos, sin habla.

Cuando el Cabo de Palos se recuperó, dijo a Rafael:

-¿Estás seguro? ¿No será que se le parece y te confundes?

-Creo que no me equivoco. Pero miren a ver si tiene un lunar en el cuello.

El otro guardia removi6 la cabeza del muerto y, efectivamente, tenia un gran lunar en el cuello, donde 6ste se unia con el hombro. Ahora no habia duda: era el teniente de Mora.

El Cabo de Palos, mirando a la *Roya*, le dijo:

-Buena la has hecho, Balbina, matar a un teniente.

-Y yo qu6 me sabia que era un teniente, si venia de paisano y con los *bandoleros*. A ver si la gente de bien no podremos *defendernos* de esos *desalmas*.

El Cabo de Palos, que habia oido hablar de las contrapartidas pero a6n no habia sabido de ninguna que actuara en su jurisdicci6n, porque era al principio de ellas, empez6 a atar cabos y dijo al juez:

-Tio Miguel, lo mejor ser6 que nos llevemos, cuando se haga de noche, el muerto al cuartel y que procuremos no irnos de la lengua, que esto es muy gordo, -y, dirigi6ndose a la *Roya*, dijo- y t6, en buen fregado te has metido. Ah6 es nada, matar a un teniente del Cuerpo. Ser6 muy dif6cil de arreglar.

-¿Dif6cil? ¿Por qu6 dif6cil, siendo mi marido el jefe del Somat6n y yo, m6s que afecta o adicta, una de las mujeres que m6s ha hecho por el Movimiento? Esto se arregla *por mis cojones*.

Al oir esta 6ltima expresi6n en boca de la *Roya*, el tio Miguel, que era algo socarr6n y muy sensato, intervino diciendo:

-*Roya*, veo un poco dif6cil que se arregle por tus cojones, pero estate tranquila, que lo arreglaremos de una manera o de otra. Ahora, lo que conviene es que esperemos a que se haga de noche para llevarnos el muerto al cuartel y all6, con tranquilidad, usted, cabo, y yo ya pensaremos la mejor manera de resolver el asunto sin que esta mujer y Paco se vean perjudicados. Ha de ser as6, porque sabe usted, como sabe todo el mundo, que son de los m6s fervientes y activos adictos del General6simo. Y, sobre todo -dijo dirigi6ndose a la *Roya*, punto en boca, que no conviene *alcahuetear* en este asunto.

-Pues s6, s6 que soy yo mujer *pa repenedime* y esconder lo que hago. Al fin y al cabo, no he hecho m6s que acabar con uno de esos demonios. ¿C6mo iba a saber que era un guardia, si ha venido con esa facha de *bandolero* y con una cuadrilla de *bandoleros*? Adem6s, a saber por qu6 iria con ellos, igual era un traidor que se habia *pasau*. Cada vez me conenzo m6s de que est6 *mu* bien muerto.

-Te lo digo como alguien que te quiere bien, Balbina. Hazme caso, que ser6 lo mejor *pa t6 y pa* tu marido.

Hacia las ocho, lleg6 de la junta Paco y, al enterarse de lo sucedido, se demud6. Empez6 por intentar reconvenir a su mujer, pero ella lo hizo callar en seco, dici6ndole:

-Pues ¿qu6 *hubieras* hecho t6? ¿*Dejalos* llegar a la casa y *dales to* lo que te pidiesen, calzonazos? A veces me *paice* que vales menos *pa* jefe del Somat6n que la t6a Venancia.

La t6a Venancia era una viejecita muy beata y apocada que se las daba de muy compasiva y que se pasaba el tiempo yendo a misas, rezando rosarios y haciendo novenas.

Paco de Motorrita se daba cuenta de que la *Roya* lo hacía quedar mal delante de las autoridades, pero no se atrevió a contestarle más que:

-Mujer, no te *musies*. Comprende que es *mu* difícil de justificar que la mujer del jefe del Somatén ha *matau* a un teniente de la Guardia Civil.

Cuando se hizo de noche, cargaron el muerto y el *naranjero* en un macho y volvieron al pueblo los tres guardias, el juez y Paco de Motorrita, este último, no sólo porque se lo pidió el Cabo de Palos, sino también porque *barruntaba* tormenta en casa. Llegados al cuartel, los dos guardias descargaron el muerto y su arma y lo pusieron en un camastro. El Cabo de Palos, el juez y Paco hicieron junta en el despacho del primero. El cabo no sabía qué hacer y el de Motorrita estaba asustado por las posibles consecuencias de la desafortunada acción de su mujer. "Como poco, pensaba, Balbina se pasará una temporada en la cárcel, y a mí me sacarán del Somatén con deshonor." Sólo el tío Miguel mantenía la cabeza clara. Después de unos minutos de silencio, dijo:

-Cabo, lo mejor que puede hacer es llamar ahora mismo a sus superiores de Cantavieja para explicarles el caso y pedirles consejo.

Paco estuvo de acuerdo y el cabo, por su parte, sabía que era su obligación comunicar el caso a la superioridad. De modo que cogió el teléfono y pidió a la telefonista, después de esperar un buen rato que le atendiera, conferencia urgente con el cuartel de Cantavieja, conferencia que llegó al cabo de casi una hora. El *número* que le contestó, con voz soñolienta, ya que se había dormido en la guardia, le dijo que el teniente no se podía poner, que no eran horas. El cabo insistió e insistió, hasta que convenció al guardia de Cantavieja de que era algo muy importante y urgente. Temiendo que el teniente lo arrestara por no despertarlo en un caso *de vida o muerte*, así se lo dijo el de Palos varias veces, por fin el guardia de Cantavieja hizo despertar al teniente y éste se puso al teléfono. El cabo le explicó todo lo que había pasado.

-¡Cojones, Higinio! ¡Esto sí que es una putada grande! ¡Menudo embrollo! —se oyó decir al teniente a través del aparato—. ¿Se ha enterado alguien, además de los masoveros, el juez y vosotros? Porque de este caso no se tiene que enterar nadie.

-No, mi teniente. Todo lo más, puede que a lo mejor alguien del pueblo nos haya visto llegar con el bulto en el macho.

-Seguro que sí. Estos destripaterrones se enteran de todo y hacen correr las noticias como el viento. Pero llevaríais el cadáver bien disimulado, ¿no?

-Sí, mi teniente. El cuerpo ha sido fácil de disimular, pero hemos tenido que quitar el cargador al *naranjero* para que no se adivinara su forma.

-Bien, Higinio. Ahora, lo primero es avisar a Mora para que vengan a buscar el muerto y se lo lleven lo más discretamente posible. Y también para que se les caiga el pelo a esos gallinas de su pelotón, que lo han dejado abandonado en el campo frente a una mujer. Les llamo yo en cuanto terminemos de hablar. Después, habrá que hacer un informe. Eso es lo malo, ¿cómo redactarlo para que esa mujer, la *Roya* me has dicho que se llama, no se vea perjudicada, ya que es tan fiel al Caudillo, y, sobre todo, para que la cosa no llegue a oídos del *jodido rojería*, que lo aprovecharía para su propaganda?

-Tiene razón, teniente.

-Bueno, ya hablaremos del informe. Ahora, hay que preparar la investigación... Pero una investigación adecuada. No hace falta que ningún guardia vaya a interrogar a esa *Roya*, ni que el juez intervenga en el asunto. Lo que quiero decir es que ha de acabar con un informe que no

dé ninguna pista. Ahora que lo pienso... Has dicho que habéis quitado el cargador al *naranjero*, es decir, que el finado llevaba un *naranjero*. ¿Es así?

-Eso es, mi teniente.

-¿Un *naranjero*? ¡Hum! ¿Conque un *naranjero*, eh? ¡Bien! Pues, siendo así, está claro: tú sabes, como yo y como todos los guardias, que los *naranjeros*, desgraciadamente, se disparan con frecuencia si reciben un golpe en la culata. Creo que el teniente muerto apoyó descuidadamente el *naranjero* en una piedra, se le disparó y se pegó un tiro en la cabeza. ¿No te parece, Higinio?

-Me parece perfecto, mi teniente.

-Pues ahora llamo a Mora y me voy a seguir durmiendo, y te aconsejo que hagas lo mismo, que mañana tendrás un día movidito. Buenas noches.

-Buenas noches, mi teniente. Que descanse –terminó la conversación el Cabo de Palos.

Se le alegró la cara y dijo a los otros:

-¿Verdad que el teniente de Cantavieja es muy listo?

-Sí –dijo el de Motorrita-, debe de ser *mu* listo, pero se le ha *olvidau* qué ha de decir el informe sobre lo que hacía el teniente por el Puntal, *armau* y vestido de paisano y sobre quienes le acompañaban.

El tío Miguel pensó un poco y dijo:

-¿Qué les parece si ese informe dice que el teniente iba con un pelotón, todos bien uniformados, en busca de la partida de *bandidos* que merodea por allí?



Dos meses después, apareció en *Lucha* una noticia bajo este titular:

HEROICO TENIENTE DE LA BENEMÉRITA MUERTO ACCIDENTALMENTE MIENTRAS PERSEGUÍA A UNOS BANDOLEROS

La firmaba José Zumaquero, a quien en Fortanete se conocía como *Josecico* Pisaverde, un señorito que tenía ciertas ínfulas de culto y que mantenía, orgulloso, una rudimentaria estación meteorológica cuyos datos mandaba puntualmente a *Lucha*, sin que se los publicasen nunca. De cuando en cuando, mandaba alguna crónica al periódico del Movimiento.

Al día siguiente del hecho contado más arriba, dos guardias de Mora con una camioneta se habían llevado el cadáver del teniente. La gente del pueblo se enteró en seguida y alguno había visto llevar el bulto en el macho la noche anterior.

Pisaverde, en seguida, pensó que esto le podría servir para una buena crónica. De modo que, con mucha prudencia, se puso a indagar quién podía ser el muerto. La mujer del juez era muy poco discreta y el tío Miguel había cometido la imprudencia de contarle algún detalle del caso. Entre esos detalles, que el muerto era un teniente del cuartel de Mora. A los dos o tres días, lo sabía todo el pueblo y *Josecico* se hizo pesado con el Cabo de Palos. Tanto que, al fin, éste le dejó ver el informe. Nada más verlo, Pisaverde sintió que tenía una crónica para lucirse, que a lo mejor le valdría para que lo nombrasen corresponsal de *Lucha*, una crónica patriótica con, incluso, un puntito de *crítica constructiva*. Fue la que encabezaba el titular citado. Decía así:

"FORTANETE. El pasado día 27 de septiembre, a media tarde, tuvo lugar un trágico, luctuoso y lamentable suceso en una finca agropecuaria de este pueblo. Un pelotón de la siempre Benemérita Guardia Civil, mandado por el joven, heroico y sacrificado teniente Jesús Roncero Martín, destinado en el cuartel de Mora de Rubielos, llevaba todo el día persiguiendo a una partida de forajidos por la zona de Tarrascón y sus alrededores, sin que pudiesen darles alcance. Por la tarde, subieron de la masía de la Rocha hacia el Puntal, otra masía de la zona. Aunque eran incansables, como lo son todos los miembros de la Benemérita, las horas de persecución habían hecho alguna mella en el pelotón, por lo que el teniente, que se caracterizaba por mirar mucho por sus números, no en vano lo adoraban, autorizó un descanso delante del Puntal.

"Y ahí fue la desgracia, ahí la tragedia. Al descolgar su arma, un MP-28 II, más conocido como naranjero, y apoyar la culata en el suelo, el arma se disparó, con tan mala fortuna que una bala le dio en la cabeza al teniente, matándolo en el acto. El heroico teniente, natural de la localidad burgalesa de Castroceniza, dejó viuda y dos hijas.



El "naranjero" era un subfusil con un diseño similar al Schmeisser MP-28 II alemán y fue creado extraoficialmente en las filas del bando republicano.

"El general Pizarro, nuestro gobernador civil y jefe del glorioso Movimiento Nacional, le ha concedido, a título póstumo, la Cruz con distintivo rojo de la Orden del Mérito de la Guardia Civil, que le fue impuesta, en su nombre, por el coronel de la zona, con ocasión del solemne y emotivo funeral que se celebró en el patio de la casa cuartel de Mora de Rubielos.

"Este cronista, además de expresar sus más sentidas condolencias a la familia del malhadado teniente y de desear a éste la paz eterna, no puede acabar aquí la crónica. Y no puede hacerlo, porque tiene el deber moral de hacerse portavoz de todos los mílites y de todos los guardias civiles, que saben bien que el naranjero es un arma insegura para quien la lleva, ya que tiene una tremenda facilidad para dispararse al más mínimo golpe. Por patriotismo y por disciplina,



nuestros sacrificados hombres de armas no osan quejarse. Pero este cronista, que no es militar, sí puede pedir encarecidamente esto a las autoridades competentes: por favor, cambien los naranjeros por otros subfusiles más seguros. Nuestros heroicos, esforzados y sacrificados hombres de armas se lo merecen.”

NOTA DEL AUTOR: Los tres Cuentos de los hombres del monte se basan en hechos reales, pero este tiene una relación muy lejana con la realidad, que era que un masovero mató a un oficial de la guardia civil confundiéndolo con un maqui. Solo hay dos personajes que existieron realmente, los demás son ficticios.